

El Pecado Último

Rev. R. J. Rushdoony

Publicado el 27 de Junio, 2007

El Granjero Californiano, 242:8 (19 de Abril, 1975), p. 30.

Algo básico para el pecado último es el deseo de reformar a otros y conformarles a nuestras ideas y esperanzas. Con demasiada frecuencia en nuestra época este pecado se proclama como una virtud.

Lo que esto significa es que simplemente tratamos de jugar a ser dios y a cambiar a otras personas para adaptarlos a nosotros mismos. Con mucha frecuencia la gente que está teniendo problemas para relacionarse con su familia, con sus compañeros de trabajo o con su comunidad es culpable de este pecado, lo que significa que están tratando de jugar a ser dios.

A usted y a mí no se nos pide que cambiemos a otras personas. Sólo Dios puede hacer eso. Lo que nosotros podemos hacer, por la gracia de Dios, es cambiar nosotros mismos para conformarnos a Su Palabra y llamamiento. Esto significa ver la necesidad de cambiar en nosotros mismos, más que en otros, y dejar la reforma de otros en las manos de Dios a través del ministerio de Su Palabra.

Hoy, claro, esto no es nada popular. La idea común de una persona noble, de un estadista o la de algún personaje religioso es la de un hombre que, por medio de la legislación y el poder policial, con fondos tomados de los impuestos, trabaja día y noche para cambiar a otros, nunca a sí mismo.

El pecado último es anti-Cristiano hasta la médula. Coloca el poder de cambiar a los hombres en las manos del hombre, no en Dios. Le da al hombre el supuesto derecho de controlar a sus compañeros en términos de sus ideas de reforma social y personal.

No tenemos ningún derecho de pedirle a la gente que se conforme a nuestra voluntad e ideas. Sí tenemos la responsabilidad de llamarles a conformarse a la Palabra y llamamiento de Dios. Dios mismo nos conforma a la imagen de Su Hijo (Rom. 8:29), y nos requiere, a través de San Pablo, a "no conformarnos a este siglo, sino transformaos por la renovación de vuestra mente, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta" (Rom. 12:2). Por Su gracia soberana, Él nos hace "conformables" a la muerte de Su Hijo (Fil. 3:10). De modo que morimos a nuestra auto-justicia y a nuestras ideas de reformar el mundo, y en vez de eso estamos vivos para la justicia de Dios en Cristo, y somos conformados a Su Palabra.

La próxima vez que escuche a un hombre proponer la reforma de usted mismo, del estado, el mundo y todo lo que se pueda ver, mírelo por lo que es: el pecador último, un aspirante a ser dios y una deshonra a la creación. Y tenga cuidado, cuando vea a tal hombre, que no lo esté viendo en su propio espejo.

Traducción de Donald Herrera Terán, para <http://www.contra-mundum.org>